

mismo, se acerca á Dios, sobreabunda de gozo interior, se hace amable al prójimo, y sobre todo amado de Cristo. ¡O descanso dichoso y paz suave del corazón, que el mundo no conoce, ni experimenta la prudencia de la carne, y que el pecador ignora totalmente! ¡Cuán deliciosa eres, cuántas grandezas se predicán de ti! Introdúcete en mi corazón, que te ama y desea tu casto desposorio (1).

Dios es caridad, dice San Juan; y el que vive de caridad está en Dios y Dios en él (2); porque el amor confunde las voluntades, confunde los pensamientos, confunde en uno dos seres: por ello, enseña San Agustín, que así como el que ama la tierra se hace tierra, el que ama á Dios se hace Dios (3). Dios ama al hombre, y la gran manifestación de su amor está en la Encarnación. Se hizo hombre y habitó con nosotros, y se dió á nosotros (4). El hombre que ama á Dios se acerca á él, se da á él, se hace como Dios. De esta manera, mutuamente enlazados por el amor y como confundidos, son como

(1) *Maximum charitatis est donum per quod utriusque vitæ intratur in requiem. Juxta charitatis gradum, pacis ac fruitionis requies prærogatur. Ubi deest charitas, abest pax mentis ac spes certa remunerationis æternæ. Est quidem mentis tranquillitas suave quoddam, jucundumque bonum, per quod conscientia impolluta servatur, propulsatur mœror, abjicitur diffidentia, erigitur in contemplatione animus, suimet possessor efficitur, propinquus fit Deo, lætus in se, amabilis proximo, atque præcipue dilectus à Christo. ¡O beata requies, ò cordis delicata tranquillitas, quam nescit mundus, carnis non experitur prudentia, et penitus peccator ignorat. ¡Quam suavis es, et quam gloriosa dicta sunt de te! Cordi meo, præcor, illabere, quoniam tui amator sum, et tuum contubernium habere concupisco. (S. Laur. Just. in festo Ss. Apost. Simon. et Judæ.)*

(2) I Joann. IV, 16.

(3) *Amando Deum efficitur Dii, ergo amando mundum, efficitur mundus. (S. Aug. Serm. 121 de Script.) Talis est quisque, qualis ejus dilectio: terram diligis, terra es; Deum diligis, Deus es. (Id. apud Lhonnier Bibliot. man. concion., tit. Charitas.)*

(4) Joann. I, XIV; Isai. IX, 6.

un solo ser con una misma felicidad. Esto buscó el primer hombre, creyendo á la serpiente, que le dijo: Sereis como dioses (1). Erró el camino, y no logró su objeto. ¿Podemos conseguirlo nosotros? Sí, Señores. Dios mismo nos enseña el medio: está en ese Sacramento augusto, en la sagrada Eucaristía, Sacramento de amor, vínculo de caridad y fuente inagotable de felicidad, que hace que por la Comunión el hombre se una á Dios, viva de Dios, sea como Dios.

SEGUNDA PARTE.

En el amor se encuentran dos pensamientos que le constituyen: unión con el amado; posesión del amado. El término es la unificación del amado con el amante (2). Examinad el amor, aun en el hombre de pasiones, en el que se deja arrastrar por el amor impuro, y descubriréis la verdad de lo que acabo de decir. No puede separarse un momento de su ídolo: lejos de él todo le es enojoso, nada le contenta; la vida misma le cansa y es pesada. En él piensa durante el día; en sus ensueños preocupa su fantasía. Ved con qué afán busca los objetos que le recuerdan su memoria; cómo imprime los labios en su imagen; con cuánta satisfacción usa las cosas que tocara su mano. Así engaña su deseo de alimentarse del objeto amado, de identificarse con él, y de formar de dos almas, de dos cuerpos, de dos personas, una sola. ¿No habeis meditado cómo una madre, cuando ha agota-

(1) Gen. III, 5.

(2) *Amor vim habet faciendi unum, et colligandi præstantique modo res inter se miscendi. (S. Dionys. de divin. nominib., cap. 4.)*

do las frases que le inspira el amor que tiene al fruto de sus entrañas, inspirada por la naturaleza, y arrebatada por el sublime frenesí de su noble pasión por su hijo, exclama que quisiera comérselo? Esa frase, pues, que brota del corazón, lo dice todo; retrata la naturaleza y el deseo del amor. Escuchad los suspiros de amor que del pecho del Profeta Rey se exhalan y elevan á Dios: «Como el ciervo desea la fuente de las aguas, así mi alma te desea á ti, ¡ó Dios! Mi alma tiene sed de la fuente viva. ¿Cuándo vendré y estaré en tu presencia, Dios mío? (1) Entonces me saciaré en la aparición de tu gloria (2).» Oid también á la enamorada de los Cánticos: «¿Quién me dará, hermano mío, que te encuentre é imprima mis labios en tu frente, para que ya nadie me humille? Te abrazaré, y te introduciré en la casa de mi madre. Allí me enseñarás y te daré á beber el mosto de mis granados: su izquierda bajo de mi cabeza, y su diestra me abrazará (3). He encontrado al que ama mi alma; le he encontrado, téngole abrazado, y no le soltaré jamás (4).» Así también, dice San Juan Crisóstomo, Job, para expresar el amor que le tenían sus criados, dice que exclamaban: «¿Quién nos dará que nos alimentemos de su carne?» (5)

Siempre el amor, Señores, en su último grado, tiende á hacer desaparecer la dualidad, para que la unión sea consumada en todo su ser; en el cuerpo y en el es-

(1) Psalm. XLI, 2, 3.

(2) Id. XVI, 15.

(3) Cant. Cantic., VIII, 1, 2, 3.

(4) Id. III, 4.

(5) Job quoque servorum suorum amorem in ipsum indicans, dicebat, quod sæpe illi ipsum valde amantes dicebant: quis dederit nobis, ut de ejus carnibus saturemur? (S. Joann. Chrys. in Epist. ad Corinth., Hom. 28: Job. XXXI, 31.)

píritu, como en el corazón (1). Y como el medio más á propósito para unirse íntimamente á una cosa y asimilársele es comerla, de aquí que el amor en su último esfuerzo anhela esta alimentación. Hé aquí el milagro que Jesucristo ha obrado en su infinito amor al hombre, y lo ha hecho porque podía: propio es del amor llegar al último límite de lo posible. Después de hacerse hombre y víctima por el hombre, su amor no está satisfecho, porque puede hacer más, y la ley suprema del amor pide que lo haga; exige que se convierta en alimento del hombre, y lo consiente, lo quiere, lo hace realmente. «Como amase á los suyos, los amó hasta el fin, hasta el extremo (2).» Toma en sus manos el pan, alimento ordinario del hombre, toma el vino, que tantas veces degrada la razón del hombre, y consagrándolos, y cambiando su sustancia en la de su propio cuerpo y su propia sangre, dice á todos y á cada uno de los hombres: «Tomad y comed, este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre (3): mi cuerpo es verdadera comida, mi sangre verdadera bebida; el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él; vive en mí y yo en él; vive de mi misma vida (4).» ¡Maravillosa analogía, amados míos! Para devolvernos la vida del alma, la felicidad verdadera, Jesucristo se vale de los mismos medios de que se valió el autor del mal para llevarnos á la muerte. Arrastrándose á los pies de la primera madre, como vil serpiente, nos perdió Satanás, diciéndole: «To-

(1) Hæc est enim amoris proprietates, secundum Dionysium: transformare diligentem in dilectum. (S. Thom. Vill. in Fer. III Paschat., Conc. de Pace.)

(2) Joann. XIII, 1.

(3) Matth. XXVI, 26.

(4) Joann. VI, 56, 57, 58.

mad y comed: sereis como dioses (1).» Así tambien Jesucristo, en su inmenso amor y para reparar aquellos males, nos dice: «Tomad y comed: si comeis este pan, que es mi cuerpo, y bebeis este vino, que es mi sangre, estareis en mí y yo en vosotros; sereis como dioses (2).»

¡Qué grandeza nos da esta union con Jesucristo en la Eucaristía! ¡Ah! ¡Cuán bello es contemplar las armonías de este Sacramento, y descubrir en él la consumacion de la grande obra de Jesucristo para restaurar al hombre, y hacerle inmensamente feliz en la union con Dios! Así como Dios en la creacion, primero formó el cuerpo del hombre, luego le infundió el alma, y despues le puso en el Paraiso de las delicias, para que lo labrase y se alimentase de sus frutos (3), así tambien en la regeneracion, primero nos une al cuerpo de Jesucristo, nos hace hermanos y miembros suyos, hijos de Dios en el bautismo, y poniéndonos en el jardin delicioso de la Iglesia, nos infunde el espíritu vivificador en la Confirmacion, para que trabajemos en la práctica de las virtudes, y comamos el fruto de la vida, el pan de los ángeles, el cuerpo y sangre de Jesucristo. El alma, trasportada al mundo de la gracia, necesita un alimento propio de la grandeza de su nuevo estado de hija de Dios. Dios mismo es su alimento: Tomad y comed, este es mi cuerpo, dice Jesucristo (4). Elevada á esa altura, su vida ha de ser toda divina. Jesucristo le dice: «El que come mi carne y bebe mi sangre, vive de mi misma vida (5).» Habitadora de una region que es la puerta de una eternidad de gloria, ha de tener una vida eterna, no morirá ja-

(1) Gen. III, 5.

(2) Joann. loc. cit.

(3) Gen. II, 7, 15.

(4) Matth. XXVI, 26.

(5) Joann. VI, 58.

más (1). Unida á Dios, ha de tener un lazo inefable que la haga una misma cosa con Dios. Jesucristo concluye diciéndole: «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en mí y yo en él (2).» Hélo aquí todo: la Eucaristía alimenta al alma, le da vida, y vida eterna; le da una participacion de Dios, de la vida de Dios; le da, en fin, el derecho á la gloria de Dios. Así es como se obra el misterio de nuestra regeneracion y nuestra elevacion; así es como se realiza la promesa de la serpiente: *Eritis sicut Dii*.

Repitamos las palabras del Profeta: «Señor, oí tu palabra y temí: consideré tu obra y quedé pasmado.» ¿Quién es el hombre para que así te acuerdes de él, y pongas cerca del suyo tu corazon? (3) Débil polvo, que el menor viento esparce, hoja que el huracan arrebatara y arrastra por do quiera, ¿merece que emplees en él la omnipotente fuerza de tu brazo, y derrames en su corazon todos tus tesoros? ¡Ah! Es que ese polvo, compaginado por la mano de Dios, encierra un alma hija de Dios, imágen de Dios, esposa suya y heredera de su gloria; y Dios la ama, y Dios la quiere toda hermosa, la quiere eternamente feliz; y porque enemigos formidables amenazan robarle esa prenda de su predileccion, y empañar su belleza, y arrastrarla por el fango, Dios viene á ella para defenderla, para hacerla invencible, dándole su fortaleza y su misma vida; y porque esa alma no puede llegar al colmo de la felicidad sin unirse íntimamente á su Criador, se le da todo en este Sacramento para apagar esa sed que el amor excita. ¡O hombre! decia San Agustín, Dios quiere elevarte hasta él y hacerte Dios, no por

(1) Joann. VI, 59.

(2) Id. 57.

(3) Job. VII, 17.

naturaleza como al Verbo, á quien enjendra de su sustancia, sino por don de su amor y por adopcion. Y así como su Verbo haciéndose hombre se hace participante de tu inmortalidad, así, elevándote hasta él, te comunica su inmortalidad (1). ¡O hombre, añade San Lorenzo Justiniano, te se ha dado para elevarte hasta él y alimentarte de él mismo; ni puedes de otro modo satisfacer tu hambre y apagar el ardor de tu caridad sino en él mismo, que es el verdadero Cordero, la Víctima inmaculada, el pan y el Señor de los Angeles. Te se ha dado por compañero de tu peregrinacion, luz en tu ignorancia y remedio de tu debilidad (2). Todo se le da, dándosele él mismo en la Eucaristia. ¡Dios en nosotros, Señores! Dios y nosotros formando una sola cosa. Lo que el hombre, con toda su ambicion y su deseo de igualarse á Dios, no se atreviera á pedir, se lo da Dios por puro amor, por el deseo de comunicarle su felicidad y su misma vida. Este es el exceso del amor de Dios; el colmo de la felicidad del hombre. Este Sacramento, que se dice y es con toda propiedad la extension de la Encarnacion, reitera en cierto modo y particulariza en cada uno de los que le reciben, lo que una sola vez se verificó en el seno de la Inmaculada María: la union de la divinidad con la carne humana. Jesucristo en él se hace nuestra carne de

(1) Deus deum te vult facere; non natura, sed dono suo et adoptione, Sicut ille per humanitatem factus est pariceps mortalitatis tuæ; sic te per exaltationem facit participem immortalitatis suæ. (S. Aug., Serm. 166 de Scripturis.)

(2) Præbuit se ut te elevaret ad se, ut te nutriret de se. Nec aliunde cordis tui famem æstuantemque charitatis ardorem refrigerare quæreres quam ex ipso, qui verus est agnus, immaculata victima, panisque angelorum et Dominus. Exhibuit se, ut tuæ peregrinationis sit comes, ignorantie tuæ lux, infirmitatis tuæ remedium. (S. Laur. Just., Serm. de Christi Corp.)

una manera particular, incorporando en nosotros la suya, y uniéndonos á su divinidad, sin absorbernos en ella, más para que nuestra union sea tanto más íntima, cuanto más personal. Si la gracia nos hace templo de Dios, segun San Pablo (1), y en frase de San Pedro, participantes de la divina naturaleza (2), ¿cuánto más nos hace templo de Dios y como parte de Dios la Comunion Eucarística, en que se nos da y tenemos dentro de nosotros al Autor de la gracia, su humanidad y su divinidad, su poder y su amor; en una palabra, tenemos al Infinito?

Pero le tenemos, no con una union de afecto, dice San Cirilo de Alejandria, no como un amigo en el corazon del amigo, sino con una union perfecta y natural: porque así como poniendo al fuego un pedazo de cera cubierto con una capa de la misma materia, de las dos se forma una sola, así, por la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, él se une á nosotros y nosotros á él (3). Notad, añade San Juan Crisóstomo, que San Pablo, para expresar esta union, no usa la palabra participacion del cuerpo de Cristo, sino la de comunicacion, más significativa que aquella, porque no solo comemos y percibimos, sino que nos unimos y comunicamos. Así como aquel cuerpo está unido al Verbo, así nosotros por la Comunion nos unimos á Cristo (4). Apo-

(1) II Corint. VI, 16.

(2) II Petr. I, 4.

(3) Hic animadvertere operæ pretium est, Christum non dicere se dumtaxat in nobis futurum secundum relationem quamdam affectualem, sed et per participationem naturalem. Ut enim si quis ceram ceræ indutam igne simul liquaverit, unum quid ex ambabus efficit, ita per Corporis Christi, et pretiosi Sanguinis participationem, ipse quidem in nobis, nos autem rursus in eo simul unimur. (S. Cyrill. Alex., Comm. in Joann., lib. 10.)

(4) ¿Et panis quem frangimus nonne communicatio Corporis Christi est? ¿Cur non dixit participatio? Quoniam voluit aliquid amplius significare, ac magnam conjunctionem ostendere. Non solum enim quod su-